
Oscar Abadie-Aicardi

Profesor de Historia de América
en la Universidad de Montevideo

En los 200 años de la invasión inglesa al Plata

Cuando Alexander Von Humbolt decía que *miraban los ingleses con envidia y celo que la mayor parte de los inmensos tesoros de aquellos dominios - Americanos de España- pasaran a manos de los enemigos de Inglaterra* se manifestaba a la luz de los hechos: durante las centurias precedentes a la Invasión Inglesa al Plata, los británicos venían planeando un ataque en varios frentes a la América hispana. Cuando esto se concretó con la invasión en 1806, los habitantes de ambas márgenes del Plata reaccionaron con lealtad y demostraciones de fidelidad a la Madre Patria. Ante tales expresiones de mancomunada solidaridad y extremo sacrificio para liberarse del yugo inglés, nadie puede suponer que los habitantes de estas tierras deseaban pasar a manos del dominio de Jorge III. Oscar Abadie-Aicardi nos invita a la reflexión: ¿Es acaso real la opinión de quienes afirman que a escasos tres años de estos heroicos episodios los habitantes de estas tierras se plantearan la Independencia?

When Alexander Von Humbolt said that, *the English were envious and jealous of the immense possessions and treasures that the Spaniards held in America*, he did so looking at many centuries of British planning of an attack on Hispanic America. This became reality in 1806, and the habitants of River Plate reacted with loyalty and fidelity to the Spanish Crown. At the sight of these expressions of unity and sacrifice in order to be unchained of the English domination, no-one can suppose that they wanted to be subjected to the reign of George III. Even more, Oscar Abadie-Aicardi, invites us to question ourselves: Did the same people who fought for the Spanish Crown against the British invaders wanted to be independent only three years after this heroic episodes?

*“Un enigma es la conducta
del inglés
que al parecer,
con falsía sólo va
donde lo guía
su interés.”*

FRANCISCO ACUNA DE FIGUEROA. “*Diario Histórico del Sitio de Montevideo*”. 1812 - 1814, Martes, 21.XII.1813, vv., 11.093, II, Montevideo, 1978, p. 66. Colección de Clásicos Uruguayos N° 158.

1. La envidia y ambición inglesas

Alexander Von Humbolt se manifestaba de la siguiente manera: “...miraban los ingleses con envidia y celo que la mayor parte de los inmensos tesoros de aquellos dominios [americanos de España] pasaban al extranjero e iban a parar a manos del enemigo natural de Inglaterra.”¹ Ya en los primeros tiempos de la conquista, comenzaron a acechar las posesiones del imperio español, piratas ingleses, que contaban con la complicidad de la Corona británica –de los que claramente el más notable es, el gran navegante, Francis Drake– incursionaron en los mares hispanoamericanos y hostigaron el comercio. A mediados del siglo XVII, con la conquista de Jamaica por los ingleses en 1655, y la fundación de la Colonia del Sacramento por Portugal se produjo un gran giro: “la piratería cedió su lugar al comercio, aunque de contrabando, y las guaridas de piratas fueron reemplazadas por colonias”².

Los tratados de Utrecht (1713 y 1715) fueron muy importantes para la penetración de los ingleses en el Plata, en especial por sus disposiciones comerciales, en la medida en que les dieron algún título para navegar el Atlántico y proseguir el contrabando por la Colonia en coalición con los portugueses, así como también, para la pesca y caza de ballenas y para intentar apoderarse de las Malvinas. Un conato por adueñarse del istmo de Panamá – punto clave del comercio español– a cargo de los Almirantes Anson y Vernon (1739 – 1740), terminó, en cambio, en un fracaso. Sin embargo, hacia fines del siglo –en 1795–, por la Convención de Basilea, Inglaterra obtuvo de España la isla de Trinidad.

¹ GIMÉNEZ VEGA, Elías S. *Wellesley y la pacificación*. En: *Bibliografía e Historiografía Americanistas*, Vol. XVI, N° 2, Sevilla, Julio 1972, p. 221.

² MAGALHÃES GODINHO, Vitorino. *Le commerce anglais et l'Amérique Espagnole au XVIIIe siècle*. En: *Annales*, N° 4, París, Octubre – Décembre 1948, p. 551.

Durante el gobierno de William Pitt *el viejo* (1756 – 1761), Conde de Chatham, quien centró su política exterior en el dominio del mar y el desarrollo de las colonias ultramarinas, Inglaterra comenzó a planificar la conquista de las posesiones de España en América. Su hijo, del mismo nombre y quien también ejerció la jefatura del gobierno británico, fue autor en 1802, de un plan elaborado conjuntamente con el aventurero venezolano Francisco de Miranda, que planeaba apoderarse de los puntos más importantes del Imperio Español en América (Venezuela y el Plata), para extender su comercio y promover su independencia sujeta a Inglaterra.

En efecto, la creciente importancia económica del Plata, combinada con su situación estratégica, lo hacían propicio para la importación de contrabando de mercancías británicas y la exportación, también ilícita, de plata del Potosí y oro de Chile. También obraban en este sentido, el desarraigo y descontento de una parte de las clases altas y su aspiración a entablar relaciones comerciales directas con Inglaterra. Estos factores se reflejaban en la frecuencia con que la región aparecía en los proyectos militares y expectativas mercantiles inglesas, y explica la adhesión de los comerciantes de Londres al promotor del plan de invasión del Plata acogido por Pitt *el joven*, el Comodoro Home Popham. En tanto la insistencia de los jefes militares en imponer la soberanía inglesa convirtió el ataque filibustero a Buenos Aires en un desastre político y militar, la breve ocupación de Montevideo había sido un gran éxito económico, pues la turbamulta de comerciantes enviados por el gobierno inglés había vendido más de un millón de libras en solo cuatro meses, e inundaron el mercado rioplatense de manufacturas británicas, llevando a la quiebra a muchos comerciantes y a la naciente industria artesanal del país. Es que, al decir de Peter Winn:

“...los criollos rioplatenses no mostraron entusiasmo por la posibilidad de cambiar el gobierno de un Borbón senil [Carlos IV] por el de un Hannover loco [Jorge III], pero se lanzaron con avidez sobre los productos artesanales entrados a Montevideo.”³

La coyuntura que propició el ataque al Plata se inició con la ruptura de la Paz de Amiens de 1802 -entre la Francia napoleónica y sus aliados e Inglaterra- reanudándose las hostilidades entre ambos rivales que aquélla había suspendido. La negativa de España a entrar en la tercera coalición contra Napoleón irritó de tal modo a Inglaterra, que la condujo a cometer un acto de hostilidad infame al atacar en octubre de 1804, sin previa declaración de

³ WINN, Peter. *Inglaterra y la Tierra Purpúrea*. FHCE, Montevideo, 1997, pp. 7 y ss.

guerra, a cuatro fragatas mercantes españolas procedentes del Callao y Montevideo que navegaban rumbo a España, frente al Cabo de Santa María en Rocha. La reacción de Carlos IV fue aliarse con Francia.

No obstante su ponderación, el Padre José Manuel Pérez Castellano no pudo menos que referirse a este acto abominable en la forma siguiente:

“Los ingleses rompieron la paz de que gozábamos, aunque de un modo precario, y la rompieron con el hecho atroz de haber atacado en 5 de octubre a las fragatas, la Clara, la Fama, la Medea, y la Mercedes, que salieron de Montevideo con caudales en 9 de agosto del mismo año. Tomaron las tres primeras e hicieron volar la cuarta, pereciendo casi toda su tripulación, los pasajeros y familias que iban en ella con el seguro de que estando en paz con los ingleses no tenían motivo para temer sus insultos.”⁴

En la voladura de la “Mercedes” encontró la muerte, entre muchos, casi toda la familia de Don Diego Alvear -el demarcador de los límites de San Ildefonso-; a saber, su mujer, siete hijos, y un sobrino, así como dos dependientes y cinco esclavos⁵. Los rioplatenses comenzaron a sentir el poderío inglés y a detestar a la Gran Bretaña.

En la guerra que siguió al *casus belli* fabricado por el gobierno inglés, la escuadra española fue aniquilada gloriosamente, junto con la francesa, frente al Cabo Trafalgar, el 21 de octubre de 1805, por la muy superior flota del Almirante Horacio Nelson. Éste, en abril de 1801, había cañoneado el puerto de Copenhague -no obstante el hecho de que Dinamarca era un país neutral- para persuadirle de abandonar la Liga de Neutrales, que integraba junto con Prusia, Rusia y Suecia, desde el año anterior, y que se desintegró como consecuencia del mencionado atentado.

La derrota de Trafalgar dejó incomunicados a España y sus dominios americanos. El gobierno británico, que ultimaba el plan para apoderarse del comercio español de Indias, vio en esto la coyuntura propicia y dio el último paso preparatorio, adueñándose de la colonia holandesa del Cabo -de Buena Esperanza- tan solo tres meses antes.

⁴ PÉREZ CASTELLANO, José Manuel. *Memoria sobre las Invasiones Inglesas*, En: *Selección de Escritos. Crónicas Históricas 1787 – 1814*. Montevideo, 1968, Colección de Clásicos Uruguayos N° 130, p. 45.

⁵ GANDÍA, Enrique De. *Buenos Aires Colonial*. Claridad, Buenos Aires, 1957, pp. 71-72.

2. La toma de Buenos Aires por los ingleses y su liberación

El 14 de abril de 1806, cuando en Montevideo ya se tenía noticia de la toma del Cabo de Buena Esperanza por los ingleses, zarpó de éste hacia el Plata la expedición conquistadora compuesta de 11 embarcaciones de guerra dotadas de poderosa artillería. En la isla de Santa Elena efectuó una escala, en la que reforzó sus tropas de tierra, comandadas por el Brigadier William Carr Beresford, que ascendieron a 1.600 hombres. El 8 de junio, la flota llegó al Plata y bloqueó la entrada al río. Enterado de esto, el virrey, Marqués Rafael de Sobremonte, supuso que los barcos, debido a su tamaño, no podían entrar al puerto de Buenos Aires, por lo que se apresuró a mandar a Montevideo las pocas fuerzas veteranas que había en la capital y ordenó el acuartelamiento de las milicias⁶. El 25 por la tarde, el ejército inglés desembarcó en Quilmes con 1.500 hombres; a los dos días entró a la ciudad al son de las gaitas del Regimiento 71 de Montañeses -*Highlanders*- y “a las tres de la tarde, bajo un copioso aguacero, tomó posesión de la Fortaleza.” Al día siguiente tomó juramento de fidelidad al rey inglés al Cabildo de la ciudad y enarboló la bandera británica⁷.

Sobremonte, no bien informado del desembarco se había retirado a Córdoba con los caudales del virreinato –más de un millón de pesos según Ferns- y el archivo de la capital, en el cumplimiento de las expresas precisiones de la Junta de Guerra de Montevideo de 1797. Las rivalidades y pasiones de la época hicieron del hecho una fuga, y del virrey un cobarde. Esta versión fue recogida con saña por una acítica historiografía posterior, que hasta el día de la fecha desconoce aquellas normas y los honrosos servicios de Sobremonte como gobernador de Mendoza y defensor de la frontera con Portugal en el Yaguarón.

La verdad es muy otra. La invasión no fue inesperada, sino por el contrario, temida desde la guerra contra Inglaterra por la independencia de los Estados Unidos, y a ello obedecieron las medidas adoptadas por las Juntas de Guerra de Montevideo de 1796 y 1797, disposiciones a las que -debido a las limitaciones del erario español- no se les pudo dar mayor eficacia. Sin duda, los ingleses encontraron un virreinato mal preparado. En primer término, porque un territorio de tamaña extensión solo contaba con unos pocos miles de soldados veteranos, confiando su seguridad a milicias de vecinos mal

⁶ PALACIO, Ernesto. *Historia de la Argentina*. Peña Lillo, Buenos Aires, 1957. Tomo I, pp. 154-155.

⁷ BAUZÁ, Francisco. *Historia de la Dominación Española en el Uruguay*. Barreiro y Ramos, Montevideo, 1895. pp. 387-388. ARREGUINE, Víctor. *Historia del Uruguay*. Imprenta y Litografía La Razón, Montevideo, 1892, pp.118-119.

disciplinadas y peor armadas, que respondían en un cien por ciento a su adhesión al régimen. Es lógica la desventaja, ante 1.500 soldados veteranos, bien armados, entrenados y con férrea disciplina, motivados por la rapiña efectuada el año anterior de la remesa del oro y plata peruanos que había representado un botín de cuatro millones de pesos. Las autoridades hubieron de improvisar una defensa a cargo de Blandengues, fogueados en la lucha de la frontera contra indios y contrabandistas. Pero la táctica de fulminantes ataques y rápidas retiradas aprendidas de los indios, eficaz en la lucha contra ellos, fracasó ante el inglés: su fuego era certero y el estallido de sus granadas –desconocido– causó pánico entre los defensores. Todo lo dicho, más el factor de la sorpresa explican el suficientemente fácil triunfo inglés, que tanto los invasores como cierta historiografía atribuyeron a que el invasor gozaba de una reputación favorable entre los locales.

No bien tomada posesión de Buenos Aires, Beresford dirigió, el 29 de junio, una proclama a la población, prometiendo proteger propiedad privada y respetar la religión católica y las leyes del país. Otro tanto harían después los jefes británicos en Maldonado y Montevideo, y también ellos violarían su palabra.

La mayoría de los habitantes se sintió consternada, humillada con la derrota y hostil ante el invasor, aunque no faltó la facción que quiso congraciarse con ellos. Los ingleses no descuidaron las tareas proselitistas ni dejaron de relacionarse con los elementos masónicos ya existentes en la ciudad, e incluso fundaron algunas logias nuevas, en las que actuaron Saturnino Rodríguez Peña y Miguel Aniceto Padilla. No obstante, procuraron no comprometerse con algunos grupos descontentos con el gobierno español. Es más, Beresford buscó tentar a los sectores dominantes, manteniendo los funcionarios en sus cargos, confirmando el deber de obediencia de los esclavos a sus amos –en momentos en que, por razones de interés, Inglaterra comenzaba a presionar a Europa para que aboliera la esclavitud– y recibiendo con frialdad al grupúsculo separatista. Ahora bien, poniendo en evidencia el propósito esencialmente mercantil de la conquista, el 4 de agosto, casi en vísperas de su expulsión, el jefe invasor decretó el libre comercio, con muy bajas tasas aduaneras de modo de facilitar el apoderamiento del mercado virreinal.

Bien pronto empezó a conspirarse contra los invasores, aunque con la cautela impuesta por los canales del espionaje, pero también con el apremio exigido por la necesidad de actuar antes de que llegaran los refuerzos pedidos por Beresford. Mientras en Córdoba, Sobremonte organizaba una nueva fuerza para liberar la ciudad, en la campaña inmediata, Juan Martín de

Pueyrredón y otros actuaban en igual sentido, pero Beresford se anticipó dispersándolos en los campos de Perdriel el 20 de julio.

En realidad, la mejor respuesta a la conquista habría sido la de rendir la ciudad por hambre, pues si se hubiera obligado al invasor a distraer parte de sus escasos hombres en obtener sus provisiones por la fuerza, se habría debilitado inevitablemente. El mantener la campaña relaciones con la ciudad, contra las órdenes dadas, al parecer, por el virrey desde Córdoba en aquel sentido, dio a Beresford lo que más necesitaba: ganar tiempo en espera de refuerzos.

En relaciones con los conspiradores se encontraba, igualmente, un oficial de la marina francesa incorporado a la de España y emigrado al Plata, el Capitán de Navío Santiago de Liniers y Brémond, comandante del puerto de la Ensenada, quien prefirió marchar a Montevideo para organizar allí una expedición reconquistadora formal.

En Montevideo, la noticia de la conquista de Buenos Aires por los ingleses, que había corrido vagamente desde la noche del 29 de junio, fue confirmada oficialmente por el gobernador Ruiz Huidobro desde la Ensenada de Barragán. El día anterior, prominentes vecinos le habían ofrecido reconquistar la capital. El propósito era ya comentado por doquier, considerándolo como un deber de honra de los vecinos. El gobernador vacilaba, al considerarse sin órdenes de la Corona para proceder; pero una numerosa manifestación de vecinos – ”medio pueblo” según testigo ocular- reunidos en el patio y alrededores del Fuerte lo instó a acceder. A ello se unió el parecer favorable del cabildo, así como también de los oficiales superiores del Apostadero Naval, quienes le propusieron un plan de operaciones combinadas por mar y tierra. Ruiz Huidobro, redactó entonces un manifiesto a los pueblos del virreinato, anunciando su propósito de reconquistar la capital, poniéndose “al frente de una expedición de esforzados voluntarios y tropas veteranas [e] incitaba a los habitantes a unírsele [...] y con armas o sin ellas concurriesen al paraje donde debía tener lugar el desembarco”⁸. Ejemplares llegados a Buenos Aires provocaron entre el vecindario la formación de juntas parroquiales secretas.

La expedición libertadora se levantó, equipó y costó en brevísimo plazo, por todo el pueblo sin distinción, desde el más acaudalado al más pobre. En cuanto a los efectivos militares, eran muy escasas las tropas de línea que guarnecían el país. Tratándose de Montevideo era, cuando la tomaron los ingleses, de tan solo 500 hombres, y ello computando el refuerzo de 281 dragones y 65 granaderos de Buenos Aires por el virrey, cuando sospechaba

⁸ BAUZÁ, Francisco. *Historia de la...*p. 398.

que el ataque sería contra ella. Por lo que se refiere a la marinería del Apostadero, era tan escasa que casi no podía tenerse en cuenta. Sumando a los 400 marineros voluntarios -cuyo comandante era el corsario francés Hipólito Mordeille; alias Maincourte, por manco- los voluntarios y tropas de línea, Santiago Liniers -jefe de la expedición en sustitución de Ruiz Huidobro que quedó haciendo frente a sus obligaciones como gobernador- se vio al frente de 1400 hombres.

El 22 de julio se puso en marcha por tierra la hueste libertadora con Liniers al frente, desfilando las tropas por el portón de San Pedro –hoy calle 25 de mayo- en medio del mayor entusiasmo del vecindario. El Padre Dámaso Antonio Larrañaga iba como capellán.

El pequeño ejército avanzaba desafiando el mal tiempo propio del invierno, que los acompañó buena parte de su marcha a Colonia, pero impulsado por el entusiasmo patriótico de liberar a Buenos Aires del yugo del invasor. Llegados a Canelones, las grandes lluvias que habían arreciado les obligaron a parar tres días. A dicho término, a pesar de que los caminos estaban en un estado intransitable, se reanudó la marcha, cruzando el 27 en botes el Santa Lucía y el San José en jangadas, acamparon esa noche en la Guardia del Rosario y Colla y llegaron a la Colonia el 28. Durante todo el viaje desde Montevideo habían recibido muchos auxilios de los habitantes de la campaña y la incorporación de numerosos hombres a sus filas. En Colonia encontraron esperándoles a la flotilla de la expedición. Nuevamente debieron aguardar por buen tiempo y mantener varias escaramuzas entre algunas de sus embarcaciones y las inglesas que merodeaban las inmediaciones del puerto. Liniers confiaba que en la banda opuesta del río le esperaban cientos de hombres para unírsele; pero lo cierto es que Juan Martín de Pueyrredón, que llegó a la Colonia, lo desengañó al informarle que no debía esperar apoyo en Buenos Aires, pues el combate del 20 de julio en el Perdriel ante Beresford había dispersado esas fuerzas. Para evitar el desánimo, Liniers arengó a su hueste diciéndole que ellos se bastaban para vencer a los ingleses.

Por fin, bajo una densa neblina, la expedición se dio a la vela el 3 de agosto al atardecer, burlando el bloqueo inglés del río, y desembarcó al día siguiente a las 8 de la mañana, en número de 900 hombres y más de 300 marineros, en el puerto de las Conchas, a siete leguas de Buenos Aires. En tanto, arreciaba el temporal. La noche del 5 acamparon en las cercanías de San Isidro, y hasta el 8 no marcharon debido a “las lluvias y vientos impetuosos” y al estado de los caminos obstruidos por el fango. Esas tres noches debieron dormir al raso y sobre las armas porque sabían que el enemigo les rondaba. El 9, a las 9 de la mañana, reanudaron el camino llegando a la

puerta del sol, a la Chacarita de los Colegiales, a tres leguas de la capital, donde acamparon. El día siguiente, domingo 10, ya listos para caminar y tras celebrar Larrañaga Misa campal, partieron y a mediodía entraron a los Corrales o Mataderos de Miserere –hoy Plaza Once- a orillas de la capital. Allí, Liniers juzgó estar en aptitud de atacar y mandó a su ayudante, Hilarión de la Quintana, con un oficio para Beresford, intimándole la rendición a discreción, que el inglés rechazó. Entonces, el ejército reconquistador prosiguió su avance hacia el Retiro. El camino, inundado aún por las continuas lluvias de los días anteriores, planteaba grandes dificultades, que fueron superadas por la ayuda espontánea del pueblo, que arrastró los cañones por los lodazales. A las 5 de la mañana del día siguiente, 11 de agosto, Liniers libró el primer combate, en que los miñones⁹ vencieron a un destacamento inglés de 200 hombres con una vigorosa carga a la bayoneta, culminando Liniers el triunfo con su llegada. Este combate del Retiro tuvo gran significado moral, pues Beresford había sido batido y desalojado de sus posiciones de vanguardia sin perder un hombre y hubo de limitarse a una defensiva en la Plaza Mayor y los edificios dominantes en su entorno.

El 12 de agosto de 1806, el ejército libertador contaba –según estimación- con cerca de 4.000 efectivos, habiéndose duplicado con los agregados en la otra banda, aunque muchos de ellos desarmados. A las 10 de la mañana, sin esperar órdenes, los miñones y los corsarios de Mordeille iniciaron un tiroteo. Como corriera la voz de que habían sido cortados por el enemigo, la caballería de milicias de la Colonia, comandada por Pedro Manuel García y Benito Chaín, se lanzó a la carga por las calles de las Catalinas y del Correo “con tal decisión –cuenta Bauzá- que cuando los artilleros ingleses apostados en las bocacalles de la Plaza Mayor lo advirtieron, ya los tenían encima”¹⁰. Entonces Liniers avanzó con el resto de sus tropas por la calle de la Merced –hoy Reconquista-. Las seis columnas atacantes, cada una con sus cañones a vanguardia, arrastradas por muchachos de la ciudad, confluyeron en la Plaza, quedando el enemigo acantonado en los altos del cabildo y las azoteas de la Recoba, y una reserva bajo el pórtico de la Catedral. Berresford dirigía personalmente las operaciones bajo el arco grande de la Recoba; intuyendo la victoria, Benito Chaín se lanzó directamente sobre ésta con toda su compañía. Tras de ellos se precipitaron todos, desbordando sobre la Plaza; ante lo cual, los ingleses se replegaron a paso de trote –según Bauzá- sobre la

⁹ Miñón: 1. Soldado de tropa ligera destinado a la persecución de ladrones y contrabandistas o a la custodia de los bosques Reales. 2. Individuo perteneciente a la milicia foral de las provincias de Álava o Vizcaya. (Diccionario de la R.A.E.)

¹⁰ BAUZÁ, Francisco. *Historia de la...*, p. 431.

Fortaleza. A ello sucedió un confuso combate cuerpo a cuerpo: Pueyrredón arrebató una bandera del Regimiento 71, y una mujer, la tucumana Manuela, mató a un soldado inglés cuyo fusil presentó a Liniers, el cual la premió luego con el grado de alférez. Entre tanto, los ingleses se refugiaban en el fuerte, siendo Beresford el último. En la plaza, el pueblo reclamaba a gritos el asalto. Mordeille y sus corsarios, respondiendo al clamor, aparecieron con escalas de madera proporcionadas en las casas inmediatas. El asalto era inevitable. Beresford se supo vencido e izó bandera de parlamento, y sus oficiales, asomados a la muralla, agitaban pañuelos blancos. Liniers despachó como parlamentario a De la Quintana, quien intimó la rendición a discreción, que el jefe enemigo aceptó tras pedir garantías contra el furor de los vencedores. La respuesta de Liniers fue categórica: por su orden y en nombre del rey gritó: “¡Pena de vida a quien ofenda o haga el menor vejamen al general inglés!”¹¹

La campaña militar, que había durado tan solo 22 días, se cerró con Beresford ofreciendo su espada a Liniers quien, en vez de tomarla, abrazó al vencido mientras lo felicitaba por su valerosa defensa. Acto seguido, el general victorioso ordenó que se formaran las tropas reconquistadoras y desfilaran los vencidos ingleses en columna por delante de aquéllas, yendo a deponer sus armas frente al cabildo.

Un testigo presencial de estas épicas jornadas, Monseñor Duclos, escribió a Pérez Castellano desde Buenos Aires, el mismo día por la tarde, una carta de la que reproducimos estos vibrantes términos:

“Demos gracias a Dios. La victoria es nuestra, los famosos ingleses son todos prisioneros nuestros. [...] Quisiera que Ud. hubiera visto la plaza de Buenos Ayres esta mañana, después de la victoria. Los soberbios ingleses, todos en nuestro poder, desarmados. Todas las azoteas coronadas de mujeres, gritos de ¡Viva el Rey! ¡Viva el General!”¹²

3. La llegada de los refuerzos ingleses y toma de Maldonado, Montevideo Colonia y San José.

Popham, entre tanto, no permanecía ocioso. En espera de refuerzos desde el Cabo, en efecto, bloqueaba con su flota el litoral entre Montevideo y las Higueritas, dificultando así las comunicaciones de aquél con el exterior. El

¹¹ BAUZÁ, Francisco. *Historia de la...*, p. 435.

¹² PÉREZ CASTELLANO, José Manuel. *Memoria de...*, p. 65.

28 de octubre, al fin, le llegaron 1.400 hombres al mando del teniente coronel John Backhouse y decidió atacar, presentándose con todos sus barcos ante la parte de atrás del Cerro de Montevideo y estableciendo un recio fuego durante tres horas. Repelido, se dirigió a San Fernando de Maldonado, puerto al que llegó al día siguiente, 29.

Aunque no estaba Maldonado en condiciones de resistir a un enemigo tan poderoso, se preparó para ello. Sólo contaba con tres piquetes: uno de blandengues, otro de infantería, y un tercero de milicias, en 9 piezas de artillería. Popham contaba con 1.400 soldados y 800 infantes de marina que había reclutado para sí en el Cabo. No obstante, apenas apareció el enemigo, el alcalde mandó tocar generala a pedido del pueblo y la guarnición de Maldonado se aprestó para impedir el desembarco del inglés, que ya había comenzado, en las cercanías de Punta Ballena, una legua al suroeste de la ciudad. En el choque, fueron arrollados y se retiraron en desorden hasta la plaza principal, donde se parapetaron en las azoteas y en la Iglesia Matriz, a medio construir, cuya fachada conserva hasta hoy las huellas de las balas inglesas. Se combatió con denuedo, derribando los invasores las puertas de las casas donde resistían los fernandinos. Al anochecer todo concluyó y los atacantes fueron dueños de la ciudad, pero con treinta y siete muertos y cuarenta heridos. Mientras tanto, Gorriti resistió animosamente todo un día de bombardeo, capitulando el 30, y sus defensores, contra lo pactado, fueron enviados a la desierta isla de Lobos.

Se sucedieron tres días “del más horroroso saqueo”. Dice Francisco Bauzá: “No se respetó ni la edad, ni el pudor de las mujeres, atropelláronse los lugares sagrados y cada casa fue teatro de robo y escándalos. Avergonzados, muchos oficiales enemigos [...] defendieron espada en mano las casas donde se alojaban, únicas que se salvaron de la devastación. Los archivos públicos y todos los papeles de importancia se arrojaron a las calles destinándose para hacer cartuchos o envolver objetos delicados [robados] que se enviaban a bordo. El obraje de la nueva iglesia en construcción fue declarado buena presa, así como los útiles, tablazón y otros objetos pertenecientes a la Compañía Marítima de la Pesca de la Ballena¹³ establecida en la ciudad. El cura párroco¹⁴ y su teniente fueron arrestados y conducidos a prisión en el momento en que se ocupaban en enterrar a los muertos.”¹⁵

¹³ En cuanto a la cartografía marítima del Atlántico Sur, propiedad de la Compañía, fue saqueada por los ingleses, y jamás devuelta. No es improbable que fuera utilizada por la expedición científica del Beagle (1831-1836) en la que viajó Darwin y cuyo propósito fue precisamente trazar la cartografía de las costas de la Patagonia, Chile, el Perú y varias islas del Pacífico, visitando el Uruguay en 1832, 26 años después de la toma de Maldonado por Popham.

¹⁴ Don Manuel Alberti, luego vocal de la Junta de Mayo de 1810.

¹⁵ BAUZÁ, Francisco. *Historia de la Dominación...*p. 455.

Días más tarde, el gobernador militar designado para la ciudad, el teniente coronel Vassal –“hombre moderado y prudente” al decir de Bauzá- reparó o atenuó algunos de los atropellos; así, liberó a los dos religiosos, restituyó a la Iglesia los bienes requisados y al cabildo sus funciones naturales, según la ley del país. Liberó a dos regidores y vecinos presos y devolvió a algunos vecinos del ejido bueyes, vacas y caballos de los que habían sido despojados. Además, en varias proclamas que expidió prometió libertad individual y comercial, garantías en las transacciones y paz, y prosperidad.

Creando haber ganado algo la opinión en su favor, hizo fijar en lugares públicos un cartel afirmando que las creencias religiosas no serían motivo de disidencia entre españoles e ingleses, pues entre el catolicismo y el anglicanismo solo existían diferencias de detalle. Esto último fue motivo de escándalo para el clero, y los curas de Maldonado y San Carlos arrancaron por su propia mano y en forma pública dicho cartel.

Conocidos estos hechos, el Marqués de Sobremonte envió un cuerpo de tropas de 400 hombres para hostilizar a los ingleses de Maldonado, el cual puso sitio informal a la plaza. Partidas volantes de gauchos y blandengues hostigaban al invasor. “Unas veces –dice Víctor Arreguine en su *Historia del Uruguay- es Artigas, otras Rondeau el encargado de tenerlos en zozobra*”¹⁶. Repelidos con fuerza en algunas salidas que intentaron en procura de alimentos –pues el hambre ya los rondaba- y en su total ignorancia del modo de hacer la guerra de recursos practicada en el país, los ingleses se sintieron desmoralizados ante la fuerza casi imprevisible que suponían vanguardia de un ejército grande. Popham, convencido de que recibiría más refuerzos, pues en Inglaterra la opinión era unánime a favor de la conquista del Plata, se limitaba a ganar tiempo para la llegada de aquéllos, simulando su intención de marchar por tierra hacia Montevideo. Por su parte, Sobremonte no se decidía a sitiar formalmente la plaza, por temor a desamparar Montevideo. El optimismo de Popham se vio confirmado el 5 de enero de 1807: a los 1.400 hombres al mando de Backhouse, ya llegados, se sumó otro refuerzo, de 4.300, bajo las órdenes del general Samuel Auchmuty –según Bauzá, un norteamericano refractario a la independencia- escoltado por el almirante Stirling, designado para sustituir a Popham, cuyo desempeño había sido desaprobado. El entusiasmo con la conquista existente en Inglaterra, se hizo patente en esta expedición con el envío de cientos de mercaderes y artesanos para instalarse, lo cual no se compadece fácilmente con el altruista propósito

¹⁶ ARREGUINE, Víctor. *Historia del...*p.123.

atribuido por algunos a la intervención británica. Es más, comenzó a prepararse una expedición contra Chile, de 4.400 soldados, comandada por el teniente general Crawford y el almirante Murray, casi inmediatamente desviada al Río de la Plata como nuevo refuerzo. Por último, se despachó una tercera por el teniente general John Whitelocke, al que se designó jefe de todas las fuerzas de operaciones en el Plata, con 1.600 hombres. El total de las tropas, a comienzos de 1807, ascendería a unos 11.000 efectivos¹⁷, y aun se han estimado cerca de 12.000 según otros autores. Todos ellos quedaron al mando de Whitelocke, desde su llegada a Montevideo, el 10 de mayo de 1807.

Volviendo a Auchmuty y siguiendo a Pérez Castellano, el 13 de enero de 1807, a poco de llegar, se dio a la vela desde Maldonado con más de 100 embarcaciones y 5.700 soldados veteranos, dejando una pequeña guarnición en aquella. Esa misma tarde dio aviso el vigía del Cerro de los Toros –Puerto del Inglés, hoy Piriápolis- establecido allí desde la caída de Maldonado, que la escuadra se movía en dirección a Montevideo. El día siguiente, 14 de enero, apareció ante la ciudad, dividida en dos hileras: una extendida entre las islas de Flores y Punta Carretas, y la otra cubriendo la boca del Puerto hasta el Cerro, como para desembarcar por allí. Al avistarse el enemigo, la guarnición y el vecindario acudieron a los puestos que tenían previamente asignados.

En la mañana del día 15, los generales ingleses plantearon al Virrey, ahora en Montevideo, “la rendición de la Fortaleza de San Felipe y sus dependencias”, que Sobremonte rechazó categóricamente por considerarla:

“...un insulto a nuestro honor y a la lealtad que profesamos a nuestro amado Soberano el Rey de España, de que nos gloriamos.”¹⁸

El 18, los invasores lograron desembarcar, bajo la protección de la artillería gruesa de sus buques, en número de 5.000, todos veteranos y 200 de ellos montados en caballos traídos en los barcos, descansados, desde Maldonado. Las fuerzas del virrey eran solamente 2.550, de los cuales eran veteranos únicamente 400 –los blandengues y dragones- y el resto milicianos de Córdoba y el Paraguay y “voluntarios y auxiliares de la Caballería de esta campaña”, del Yí y Cerro Largo.

El cañoneo de dos días que siguió al desembarco hizo creer a los de la ciudad en el rechazo del invasor, cuando en realidad era el Virrey quien había sufrido una derrota parcial al intentar contenerlos. Grande fue, por ello, la indignación de los montevideanos cuando se vio de cerca al enemigo y se supo que Sobremonte se había retirado al poblado de Las Piedras, cediendo

¹⁷ FERNS, H.S., *Gran Bretaña y la Argentina en el siglo XIX*, Solar Hachette, Buenos Aires, Solar Hachette, p. 51.

¹⁸ BAUZÁ, Francisco, *Historia de la...*, p. 465.

ante la superioridad casi aplastante de los ingleses en todos los órdenes: numérico, táctico, disciplinario, en artillería y aun en caballería. Algunos desplazamientos de unidades, ordenados sin la debida coordinación entre el virrey y la Plaza, en razón de la prisa y ofuscación por reforzar los puntos más débiles de la defensa, complicaron aún más las cosas. Igual efecto tuvo el hecho de que el pueblo, airado y angustiado, hubiera reclamado una salida general, por cierto temeraria, la misma tarde del 19. Contribuyó también a un resultado desafortunado el que, cediendo imprudentemente a esa presión, el gobernador permitiera salir al día siguiente de la ciudad una parte considerable de la guarnición. Al dividir los efectivos, cuando la coyuntura indicaba, por el contrario, la necesidad de concentrarlos, se debilitó tanto al ejército como a la ciudad. Así lo sintió claramente Pérez Castellano, quien, “al verlos salir por el Portón”, tuvo una premonición:

“...no pude contener las lágrimas, compadeciéndome de la desgraciada suerte de unos hombres valientes y honrados, pues sin ser yo soldado conocía toda la ventaja de parte de los enemigos, no solo por su mayor número o táctica militar, pues al fin ellos son soldados de profesión, sino también por su localidad y por el descanso con que esperaban a los nuestros, fatigados con el bochorno del día y con la marcha cuesta arriba que tenían que hacer antes de llegar a las manos.”¹⁹

El día 20, en efecto, a las 7 de la mañana, salió de la ciudad un pequeño ejército de 2.362 hombres al mando del brigadier Bernardo Lecocq, que llevaba como segundo al teniente coronel Francisco Javier de Viana. La división siguió el Camino Real hacia el Cristo del Cardal²⁰, a 21 cuerdas al este de la Ciudadela. Por su lado, el ejército inglés ocupaba una línea cuya izquierda se apoyaba en la Punta de las Carretas, a donde habían llegado desde el Buceo, y remataba en las alturas del Cristo. Entre los maizales existentes en ese lugar se habían emboscado los ingleses, quienes sorprendieron a la tropa montevideana a su llegada, causándole muchas bajas y un desorden en sus filas que le fue fatal, pues los que pudieron huyeron a la Plaza. A las 8 y 30 de la mañana la columna retornaba a la ciudad, dejando en el terreno alrededor de 1.000 cadáveres y heridos; las bajas del invasor no pasaron de 200. Pérez Castellanos da una versión algo diferente: “En esta acción disparatada y sin pies ni cabeza perdimos 600 hombres entre prisioneros, descaminados,

¹⁹ PÉREZ CASTELLANO, José Manuel. *Memoria de la...*, pp. 109 – 110.

²⁰ Es el llamado Cristo del Cardal, sobre el Camino Real, en el emplazamiento de la actual Facultad de Derecho, barrio del Cordón. Allí habían construido su casa los dos hermanos catalanes José y Luis Fernández e implantado una cruz con un Santo Cristo y un farolito con una vela de sebo que encendían todas las noches.

muertos y heridos”²¹, versión que parece más razonable. Al día siguiente hubo una tregua para enterrar a los muertos y recoger los heridos, y una propuesta de capitulación que el gobernador rechazó.

El desenlace del combate permitió a los invasores ocupar el Cordón, parte de la Aguada, Arroyo Seco, y establecer sitio formal a la plaza, ya bombardeada por la flota. Las cañoneras rioplatenses encerradas dentro del puerto, protegían con sus fuegos la comunicación entre la Fortaleza del Cerro y la Isla de Ratón, ambas en poder de los defensores. Para cortar dicha comunicación y estrechar el sitio, los agresores levantaron sucesivamente tres baterías: en las inmediaciones del Arroyo Seco y cerca de la costa de la bahía; en las alturas de la panadería de Sierra, próxima al camino del Cordón; y al sur de la Plaza, a unos 500 metros. Ante la gravedad de la situación, el cabildo de Montevideo pidió nuevamente ayuda a Buenos Aires. El mismo día se pidió Junta de Guerra para reorganizar la defensa. El pueblo, sospechando en el cabildo intenciones de capitular, se lanzó a las calles a protestar. Hubo algunos asesinatos y gritos de “muera” a los que se creía traidores. Ruiz Huidobro, para calmar las iras, reveló que pronto llegarían socorros desde Buenos Aires.

¿Cuáles fueron las causas de la derrota del Cardal? La fobia historiográfica contra el virrey Sobremonte contesta a coro que la responsabilidad por el fracaso recae sobre éste. Sin descartar que probablemente él haya contribuido con ciertas indecisiones, la lectura serena de la documentación revela que los factores de mayor gravitación fueron la falta de coordinación entre los mandos, la improvisación y la falta de disciplina de que, por inexperiencia, dieron muestra algunos oficiales y soldados; sin embargo, muchos de los soldados voluntarios compensaron lo dicho con su devoción a la patria y coraje sin límite. En cuanto al propio Sobremonte, es de tener en cuenta, además de sus antecedentes, que la permanente preocupación por no desamparar Montevideo pudo conllevar algunas decisiones poco afortunadas.

El 1º de febrero, como de costumbre, se había roto el fuego desde el amanecer por ambas partes. El estado de la Plaza era deplorable: los merlones del fuerte de la Ciudadela estaban demolidos. En similar estado se encontraban el parque de artillería y el cubo del sur. Al día siguiente, en la Junta de Guerra inglesa se acuerda el asalto a la ciudad “cuando la noche sea profunda y el sueño vele sobre los espíritus fatigados...” El jefe inglés ordena que antes que el día 3 amanezca se lleve el asalto por el Portón de San Juan²², cuyos pabellones

²¹ PÉREZ CASTELLANO, José Manuel. *Memoria de la...*, p. 110.

²² Actual calle Brecha, en las inmediaciones del Teatro Solís, entre las actuales Calles Buenos Aires y Rambla Costanera, a dos cuadras de la Plaza Independencia.

desplomados no eran difíciles de franquear. Esa noche tuvo lugar la llegada de la vanguardia de tropa de auxilio desde Buenos Aires: 450 hombres de tropas veteranas al mando del brigadier Arece; pero por horas ya era tarde para Montevideo. Mordeille, el francés, mandaba en el maltrecho portón, la guardia dormía; algunos centinelas vigilaban la brecha cubierta.

Víctor Arreguine, en páginas dignas de los “Episodios Nacionales” de Benito Pérez Galdós, describe así el patético y colorido cuadro del asalto:

“Los ingleses, a favor de la sombra, se fueron acercando al Portón, pero sentidos por un centinela éste disparó el tiro de alarma. Se echan entonces a vuelo las campanas de la ciudad; se coronan de guerreros las murallas; el pueblo despierta. Todos buscan el lado del mayor peligro. Los ingleses erran durante un cuarto de hora la brecha, bajo fuego nutrido; la encuentran al fin; la asaltan. Rémy, uno de los jefes asaltantes, cae al pie de ella tendido de un balazo. El Portón de San Juan está convertido en dos torrentes de fuego. Los hombres se matan a un paso de distancia, y por igual destrozan los cañones que los arcabuses, las bayonetas y las hachas. Mordeille cae muerto y la brecha es despejada. A nadie se perdona la vida. Cuando los ingleses entraron en la ciudad los cañones los esperaban enfilados en las calles, y para evitar su fuego mortífero hubieron de tomarlos a la bayoneta. Mientras la lucha había durado al pie del Portón desmantelado, el Regimiento 87, que estaba al norte, fuera de la plaza, se entusiasmó y pasando las murallas antes de recibir órdenes, se introdujo en la ciudad, acrecentando así la matanza, que por todas partes era inaudita. De todas las azoteas llovían balas contra el inglés. Así se luchó más de una hora todavía, en las calles, en la plaza, en el atrio del Templo. Al fin se tomó la Iglesia Matriz por los ingleses y se conquistó el Fuerte San José²³. La pelea seguía, no obstante. Ruiz Huidobro, desde la alta Ciudadela, donde flameaba la bandera de España, luchaba con desesperación. Antes de las 8 de la mañana, cuando no era posible la defensa, parlamentó con los ingleses, no pidiendo nada para sí, exigiendo solo el respeto al culto y la garantía de la propiedad. A las 8, las banderas inglesas flameaban en los edificios públicos de la ciudad.”²⁴

En cuanto a las bajas sufridas por los dos contendores, los historiadores han discrepado. Según Bauzá, “El solo asalto de Montevideo costó a los ingleses 560 muertos [...] y otros tantos heridos [y] la Plaza tuvo 400 muertos y un número de heridos que pasó de 300.”²⁵ Pérez Castellano, por su lado,

²³ Actual Plaza Zabala.

²⁴ ARREGUINE, Víctor. *Historia del...*, pp. 128 – 129.

²⁵ BAUZÁ, Francisco. *Historia de la...*, pp. 488 – 489.

había hecho esta estimación, bastante coincidente: “Nosotros perdimos 400 hombres y los enemigos –según dijo un oficial inglés- perdieron 500.”²⁶

Como los asirios, y también Popham en Maldonado, los ingleses se impusieron en Montevideo por el terror aleccionador. El primer cuidado de Auchmuty fue –al igual que Popham- enviar a todos los rendidos a sus buques de guerra y hacer que por espacio de tres días sus tropas recorrieran las calles capturando a cuantos hallaran en ellas: niños, ancianos, hombres y mozos. El terror era grande...casi en seguida de la victoria fueron enviados a Inglaterra, en calidad de prisioneros, 650 individuos. Ruiz Huidobro iba con ellos, precisamente en los momentos en que de España llegaban los despachos del virrey del Río de la Plata²⁷.

El propio día 3 de febrero en que conquistaron los ingleses la ciudad, los generales Samuel Auchmuty (tierra) y Charles Stirling (mar) emitieron una proclama en cuyas cláusulas prometieron respeto a las propiedades privadas y religiosas, libre ejercicio de la religión católica y mantenimiento de los magistrados civiles en sus empleos “hasta que otras órdenes se den.”²⁸ El grado de cumplimiento de estas promesas lo registra el propio Pérez Castellano como sigue:

1) El 5 de febrero, el General Auchmuty emitió, con su sola firma una segunda proclama cuyo contenido se sintetiza como sigue: “se ordena y manda” a todos los vecinos presentarse en la Plaza Mayor los días 6 y 7 del corriente mes entre las 8 de la mañana y las 4 de la tarde, para prestar “juramento de sumisión, fidelidad y obediencia a S.M.B. y a su gobierno”, en cuyo acto deberán entregar todas las armas de ataque y defensa que tuvieren, así como cualesquiera especie de munición a la nueva y violenta autoridad; b) cualquiera persona de cualesquiera condición que desobedeciese o evadiese esta orden será embarcado como prisionero a Europa -lo cual da a entender claramente que los 650, incluido el gobernador Ruiz Huidobro, lo fueron en aplicación de esta incalificable amenaza-; c) Se pagará 500 pesos fuertes a cualquier persona que de la información de cualquier persona que tenga armas escondidas y todo esclavo que la diere será remunerado con su emancipación; d) A todo dueño o poseedor de casas y propiedad en Montevideo, que hubiese huido de la ciudad y no regresare antes del 1º de marzo le será prohibido el regreso a sus casas y éstas y sus propiedades serán confiscadas.

²⁶ PÉREZ CASTELLANO, José Manuel, *Memoria sobre las...*, p. 117

²⁷ ARREGUINE, Víctor. *Historia del...*, pp. 130 – 131.

²⁸ Arts. 2, 3 y 5 en: PÉREZ CASTELLANO, José Manuel. *Memoria sobre las...*, pp. 117-119

2) “Apenas [los ingleses] pusieron el pie en la plaza empezaron a ocupar las casas que les parecían bien, que fueron las mejores y las más bien amuebladas, haciendo el más alto desprecio de sus dueños [...] Aun aquellas cuyos dueños tenían a sus hijos o dependientes en la ciudad las ocuparon sin notificar a éstos que las ocupaban.”

3) Los ingleses embargaron los cueros y otros efectos del país, almacenados en los arrabales de la ciudad que dieron por abandonados, porque al acercarse los atacantes éstos quedaron sin gente, porque algunos entraron a la plaza y otros huyeron al campo, por temor a las balas de ambos beligerantes. Asimismo los ingleses se apoderaron de los esclavos que encontraron y llevaron a bordo de sus barcos para servirse de ellos.

4) El 6 de febrero, por orden del General Auchmuty llamaron al clero a la Sala Capitular para prestar juramento de subordinación y fidelidad al régimen del usurpador. Las actuaciones se asentaron en un libro nuevo, que los invasores llevaron consigo al evacuar la plaza, sin duda para no dejar huellas. En su juramento los firmantes declaraban, por un texto igual para todos²⁹:

“...ser de aquí en adelante vasallos fieles de S.M.B. y en la presencia del Todopoderoso juramos por el Santo Evangelio [...] que de ningún modo, directo o indirecto, ayudaremos ni asistiremos a los enemigos de nuestro nuevo Soberano, y antes al contrario nos obligamos a dar información de cualquier armamento, traición o sorpresa que pueda haber o suscitarse contra dicho Soberano. Todo lo cual juramos del modo más solemne, como que de ello deberemos dar cuenta a Dios el día del Juicio Final...”

El Padre Pérez Castellano estampó la declaración siguiente:

“...me resolví a decir que yo no tenía dificultad ninguna en jurar que cumpliría lo que consideraba ser de mi obligación; que por mi parte había contribuido todo lo que me fue posible a fin que la Plaza se defendiese y conservase para nuestro Rey y Señor natural, pero que [...] hallándome en la necesidad de vivir en ella [...] no me quedaba otro recurso que el de sujetarme al nuevo gobierno...”³⁰.

Arreguine, por su parte, agrega otros bandos no menos indignos, que dispusieron que las casas de comercio debían cerrar –bajo penas arbitrarias– sus puertas antes de las 8 de la noche; que los ciudadanos debían poner su nombre en una tablilla sobre su puerta y nadie dejase pernoctar a persona

²⁹ PÉREZ CASTELLANO, José Manuel. *Memoria sobre las...*, p. 128.

³⁰ *Ibid*, pp. 129-130.

alguna en su domicilio sin previo aviso a la autoridad. Toda infracción sería castigada con la confiscación de bienes, y si no era propietario, con la deportación a Inglaterra. Igualmente, el esclavo que desertara a su amo sería sentenciado a muerte³¹. Al servicio de tanta arbitrariedad –manifiesta Arreguine- puso Auchmuty una publicación semanal bilingüe, “*La Estrella del Sur*”, que procuraba persuadir de que la dominación inglesa –que perseguía a los irlandeses en su propio país, y a católicos por doquier- era muy superior a la española, pues “la libertad es el fundamento de la constitución inglesa” y “sus leyes están establecidas sobre la justicia y la equidad”. Eran redactores de la parte en castellano de este pasquín de tono panfletario el extremeño Francisco Antonio Cabello y Mesa y el altoperuano Manuel Aniceto Padilla. El primero, absolutamente anónimo; el segundo, autor de la evasión de Beresford, por soborno y con ayuda de las logias masónicas, de su calabozo en Buenos Aires, y conocido por la firmeza de sus convicciones: incluido en la “lista civil” de la Corona británica, fue recomendado por lord Strangford a la Junta de Mayo como persona que “ha merecido toda la confianza de mi Corte y la mía”. Al concluir los ataques ingleses al Plata, sus servicios fueron recompensados con una pensión de trescientas libras anuales³².

“Mientras estos y otros excesos se cometían, los dominadores –apunta Arreguine- afectaban un marcado respeto por la religión nacional. Ardid de sabios conquistadores, que comprendían que las creencias religiosas no se imponen ni se extinguen, porque están grabadas de manera indeleble en el fondo del alma. Por otra parte, la religión no importaba por el momento [...] a los fines de los invasores, que no traían una guerra religiosa, sino de conquista. Lo que buscaban era castigar e impedir el cariño a la madre patria. Por eso enviaban columnas a los campos a tomar juramentos de fidelidad a Inglaterra.”³³ En efecto, en abril de 1807, Auchmuty había despachado dos columnas, para ocupar, respectivamente, Canelones por un lado, y San José y Colonia por otro, ésta al mando del teniente coronel Pack, quien había huido de Buenos Aires tras jurar a Liniers que no volvería a pelear contra España. La enviada a Canelones retornó a los pocos días, hostilizada por las caballerías de Artigas y Rondeau. La segunda, ocupada por Pack con 1.000 hombres el 15 de marzo, había sido recuperada el 21 de abril por el coronel Francisco Xavier Elío, al mando de un cuerpo de 800 milicianos llegado desde Buenos

³¹ ARREGUINE, Víctor. *Historia del...*, p. 132

³² Fuente de todas las transcripciones de *La Estrella del Sur*. INSTITUTO HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO DEL URUGUAY, *The Southern Star – La Estrella del Sur. Reproducción Fascimular*. Montevideo, Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, 1942, pp. 19-22. Prólogo de A.D. González. (En adelante citado como *Southern Star*)

³³ ARREGUINE, Víctor. *Historia del...*, p. 133.

Aires. Mas Elío no pudo retenerla y Pack la ocupó nuevamente, luego de vencerlo, en el combate del arroyo de San Pedro, a 22 kilómetros de la Colonia, el 7 de junio de 1807. Aumentó entonces la guarnición en 2.000 hombres y cometió los excesos comunes a los jefes ingleses. El 1º de mayo este mismo jefe había tomado San José, donde solo permaneció hasta el 4, no sin antes tomar juramento de fidelidad masivo en la Plaza, exigiendo la entrega de las armas a los vecinos.

Cuanto antecede justifica sobradamente el concepto que el general Auchmuty ha merecido a un autor de juicio independiente y apego a la verdad histórica, como Víctor Arreguine, que no se dejó engañar por las falacias y sandeces de la *Southern Star*:

“La generalidad de las personas que han escrito sobre el gobierno de Auchmuty ha encomiado mucho sus proceder, sin duda por no conocerlos a fondo. Trajo Auchmuty ventajas aparentes o que convenían a su gobierno y a la estabilidad de la dominación; pero en realidad propendió a la degradación de las costumbres y al quebrantamiento del carácter. El bando referido, que tiene fecha 5 de febrero y está firmado por el mismo Auchmuty, existe entre los papeles del Archivo Público de Montevideo, con otros de su propia índole, igualmente condenables [...] Ellos ciertamente contribuirán a modificar el criterio falso y benévolo que de tan oprobiosa dominación muchos escritores sagaces se han forjado, a causa de la insuficiencia de materiales históricos conocidos hasta el momento en que escribieran a su respecto. Auchmuty fue un hábil conquistador pero fue un tirano.”³⁴

Mas no fue sólo Auchmuty el autor de tan indignos atropellos. También lo fueron los altos mandos que sometieron a las otras ciudades que vivieron bajo la tiranía británica. Una vez más le debemos el conocimiento de la verdad al Padre Pérez Castellano, por haberla recogido en su “Memoria” como sigue:

“Se dice que los ingleses, después de las escaramuzas del día 10 [de agosto de 1806], en que experimentaron que tenían que haberlas con hombres de pelo en pecho, habían resuelto saquear la ciudad, de lo que no salgo fiador. Lo que hay de cierto es que a de las 2 a las 7 de la mañana del día 12, en que fue la reconquista, saquearon entre otras casas la de Don Miguel de Azcuénaga y se llevaron el dinero, alhajas y hasta la ropa de sus habitantes. A mí (dice el que me lo escribe) no me dejaron más que lo encapillado³⁵, y todos mis papeles fueron comprendidos en el destrozo, porque destrozaron lo que no llevaban.

³⁴ ARREGUINE, Víctor. *Historia del...*, p. 132.

³⁵ Lo encapillado: Expresión familiar. La ropa que se lleva puesta. (Diccionario de la R.A.E.)

Después de un hecho como éste, y de haber embarcado el general Popham en sus bajeles un millón y doscientos mil pesos fuertes, según el cálculo más moderado que he oído, del caudal del Rey existente en el Luján, de los capitales de varias capellanías que habían entrado en cajas; del que sacaron de los tabacos vendidos en grueso a particulares, y del de la Compañía de Filipinas [...] se ha extrañado que el señor Liniers haya tenido (según se dice) la generosidad de que a ninguno de los prisioneros que se entregaron a discreción [...] se les registrase ni los cofres que llevaban ni las mochilas de los soldados, según quería la tropa y parecía exigirlo la justicia para reparar parte de los infinitos daños que esos enemigos y toda su pérfida nación nos han causado...”³⁶.

El mismo autor da a conocer otro episodio revelador de que “la dominación inglesa es muy superior a la española porque la libertad es el fundamento de la Constitución inglesa”, según *La estrella del Sur*. El 27 de abril de 1807, dos súbditos españoles –Pineda y Fernández- fueron ejecutados en Montevideo por el cargo de haber fomentado la desertión de militares ingleses -¡cómo desertaban!- sin haberles sido designados defensor ni oír sus descargos, pues se oyó solo a los testigos de la carga. Comenta Pérez Castellano: “El Cabildo, que extrañó un proceder tan ajeno a nuestras leyes y al parecer tan contrario al Derecho Natural, reconvino al General inglés haciéndole presente que entre nosotros no se condenaba a nadie sin oírle y sin darle defensor [...] El General replicó que [...] el juicio había sido público y a puerta abierta con el objeto de oír en su defensa a los que quisiesen tomarla a su cargo”³⁷. Tal cual, pero la *Estrella del Sur* “era un semanario honrado” y había prevenido que “Ningún tirano puede sacrificar a su capricho las vidas de sus vasallos”³⁸. Ningún tirano, salvo Auchmuty. Lo cierto es que después ya no se ejecutó a nadie más por el mismo crimen. En cuanto a lo acontecido en Maldonado, de gran riqueza criminal, nos remitimos al documento del Cabildo de dicha ciudad.

4. El segundo ataque a Buenos Aires y la derrota final del invasor

Una previa aclaración: hablamos de un segundo ataque a Buenos Aires y no de una segunda invasión inglesa –como lo hace la historiografía tradicional

³⁶ PÉREZ CASTELLANO, José Manuel. *Memoria de las...*, p. 75.

³⁷ *Ibid*, p. 147.

³⁸ *Southern Star*, p. 23.

por influencia de la Argentina- pues consideramos error histórico reducir la agresión británica al Plata a dos “invasiones” separadas y casi desconectadas a Buenos Aires, cuando se trató de un proceso único aunque general. Sea esto dicho sin dejar de reconocer que el rechazo, heroico, de este segundo ataque, tuvo como consecuencia la derrota final del despótico invasor.

Entre tanto, Whitelocke, llegado a Montevideo el 10 de mayo como jefe supremo de las tropas inglesas en el Plata y reconocido como tal el día siguiente por éstas, anunció “su propósito de marchar sobre Buenos Aires diciendo con arrogancia que se haría dueño de la ciudad o la arrancaría de la tierra”³⁹.

Por fin, y tras reorganizar su ejército, a mediados de junio se hizo a la vela con éste en 90 transportes apoyados por 20 barcos de guerra, dejando en Montevideo una reducida guarnición, como se había hecho en Maldonado. El 28 de junio desembarcaron en la ensenada de Barragán, sus fuerzas se componían de 11.800 hombres; las de Buenos Aires eran sólo 8.600 y un tren volante de 50 cañones. El 2 de julio su avanzada llegó a la orilla derecha del Riachuelo y no pudo Liniers contenerlos, siendo batido al oscurecer en los Corrales de Miserere, de los que se apoderaron. Con la noticia, unida a la ausencia del jefe, la ciudad se sintió desalentada y perdida. Pero entonces llegó una personalidad salvadora, la del Alcalde de Primer Voto, Martín de Álzaga, quien con prontitud asombrosa y colaboración de todo el vecindario, levantó un ejército de voluntarios, cavando trincheras en las calles, con las baterías estratégicamente colocadas y convirtiendo cada casa en un baluarte. Las azoteas se llenaron de piedras y tachos de aceite y agua hirviendo, y se ordenó una iluminación general durante la noche, como en las grandes fiestas. Buenos Aires quedó así, a la espera de los acontecimientos. En la mañana del 3 estaba lista la ciudad para resistir; pero el enemigo no atacó ese día. Al atardecer regresó Liniers con la mayor parte de los dispersos de Miserere en número de mil y retomó el mando en medio del júbilo popular. El día 4 el invasor intimó nuevamente la rendición, recibiendo la misma repulsa. Al día siguiente, a las 6 y 30 de la mañana, Whitelocke atacó finalmente, con 8.500 hombres divididos en tres columnas que debían avanzar por las calles paralelas hacia la Plaza Mayor. Lograron algunos éxitos parciales iniciales en los suburbios, con la toma de la Plaza de Toros, el Parque de Artillería y el Convento de las Catalinas; pero al penetrar en las calles la fortuna los abandonó, pues recibieron una lluvia de proyectiles desde todas las casas. Dos de las columnas fueron envueltas y obligadas a rendirse; la tercera, que

³⁹ BAUZÁ, Francisco. *Historia de la...*, p. 501.

avanzaba hacia el Fuerte, debió refugiarse en el Convento de Santo Domingo. Su derrota marcó el fin de la agresión inglesa. Liniers exigió la rendición y el 7 de julio se firmó el convenio de paz. Por el mismo, los invasores se comprometieron a reembarcarse en el término de diez días y –por radical exigencia del Alcalde Álzaga, el gran héroe de estas jornadas épicas- evacuar Montevideo y demás puntos ocupados de la Banda Oriental en un plazo de dos meses. Así, el 17 de julio las tropas del orgulloso Whitelocke, vencidas, se reembarcaron con dirección a Montevideo, donde se les unieron las estacionadas allí, para retornar juntas a Inglaterra, de donde enhoramala habían venido.

El 9 de septiembre a las 12 del día se embarcaron en Montevideo los soldados británicos; y a las 2 de la tarde entraron en la ciudad entre aclamaciones los primeros destacamentos españoles al mando de Francisco Xavier Elío, designado ahora gobernador por el rey. Quedó así restablecida en todo el virreinato la autoridad de la Madre Patria. Ello fue posible gracias a la unión solidaria de todos los españoles: peninsulares, hispano-rioplatenses y criollos, todos mancomunados por la pasión patriótica, cuya sangre se mezcló en la tierra común: las calles de Buenos Aires, Maldonado y Montevideo y las arenas del Buceo. ¿Quién puede tomar en serio la opinión antojadiza de que tan sólo tres años después pudiera este mismo pueblo proponerse la Independencia?

Señor,

Por autoridad y en calidad de Agentes de las presas hechas por las armas de S. M. B. demandamos y pedimos cuenta justa, escrita y puesta en limpio de todos los caudales pertenecientes à los comerciantes ó individuos ausentes que se han hallado en sus manos desde el 3 de Febrero próximo pasado, y que no estan baxo de la proteccion del gobierno Ingles.

Se les amonesta tambien al mismo tiempo que se ponga atencion y cuidado muchisimo en sacarse dicha cuenta; y que de ninguna manera se dispongan de dichos caudales para evitar las consecuencias que han de resultar de tal procedimiento; porque en tal caso estaremos en precision de tomar medidas de fuerza para cobrarlos. Que sera muy repugnante al caracter Ingles y à nuestros descos: pero bien sabemos siendo conquistadores que tenemos el poder de hacer lo que nos da la gana; mas, no queremos hacer cosa alguna que no sea generosa. Pues estamos determinados à no someter à trampa alguna, ni quedar engañados en nuestros derechos. En tal caso sucedera la sequestracion de los bienes particulares de los que hagan semejante inovacion de la ley de las naciones.

Sera preciso dar dicha cuenta à la oficina de las presas antes del 19^{to} del corriente, quando si segun nuestra opinion, sea justo que se hagan presas esos caudales, recibos y certificados regulares se entregaran para exõnerarles en adelante de todas demandas; y su comision se pagara de la misma manera en que se hizo con los negocios de sus consignadores antiguos.

Si por ventura se levanten entre nosotros dudas algunas que no pueden ajustarse, se sometera la causa à unos jueces respectables; quienes tomaran cuidado especial de que se hagan representaciones verdaderas: y que se executa la justicià con imparcialidad.

Tomamos primeramente este metodo; porque antes de violentarnos en registrar y exâminar sus casas, almacenes, &c.: ò de premiar à denunciadores y espìos, queremos confiarnos en el honor y integridad conocida de caballeros Espaõoles: pero si se descuidan de nuestras demandas y amonestaciones sera preciso servirnos de medidas violentas.

9^{to} y Mayo, de 1807.

J. G. G. G.
R. G. G. G.
per Blacking.